

Piel bandida

Josefina Estrada

*Humilla el flanco, mórbida, la imagen
de una pierna gloriosa y clandestina
donde pasar la noche. Desterrado
y roído sin tregua, hago de lejos
trabajo de ladrón. Y sube
el odio a mi garganta, y la corteza
del crimen radiante me oscurece.*

Rubén Bonifaz Nuño, *Siete de espadas*

*Acuérdate piadosísima Señora, que jamás se ha oído decir
que alguno de cuantos han recurrido a tu protección e
implorado tu socorro, haya sido abandonado por ti. Santita,
custodia de los asesinos y malvivientes, te ruego que lo prote-
jas. Cuidalo de los cobijazos, del veneno y hasta del aire que
respira. Me precio de ser una de tus más fieles devotas y con
fervor verdadero solicito humildemente tu amparo. Doy
gracias a tu divino poder: Melesio, mi enemigo, está preso.
Ahora conozco cada uno de sus movimientos. En la calle era
más difícil seguirle los pasos. Tú lo sabes, en la cárcel, por más
que te arrincones, la muerte te encuentra. Por eso, Santita,
extiende tu manto de protección y conjura cualquier daño
que lo amenace. Vigílalo mientras yo mantengo, por el resto
de mi vida, de día y de noche tu altar iluminado. Te encende-
ré tu cigarro, te serviré tu tequila y las manzanas y las flores
serán las más hermosas y coloridas. Amén.*

Aunque de mí todo lo sabes, con la reverencia que me mereces, permíteme presentarme: soy la mejor bandida de México. Escucha bien: *bandida*, no ratera. Una bandida es una señora de respeto, que conoce de armas. Que sabe ordenar y tiene cabeza para planear un asalto. No conozco mujer más hábil que yo. No soy ninguna guagarona, hocicona, que habla porque tiene lengua, que la tengo, y muy juguetona; pregúntale a mi vieja. Doce años de cárcel me dan la razón. En ese tiempo, cuanta taruga se dio el lujo de perder la libertad, yo la conocí. Y ninguna, ni siquiera las guerrilleras centro-americanas, tenían mi destreza. Entienden de armas, cierto, pero no saben ganar dinero ni vivir de su trabajo. Dicen que saben romperse la madre, pero a todas ellas las desarmé. Bueno, les quité el palo de la escoba,

que supuestamente era el rifle. En los asaltos yo era la que iba adelante para desarmar al policía. Nada más fácil. En el pentatlón es materia de kínder. ¿Cómo ves? Mi tío quería que yo fuera oficial del ejército, como él. En realidad, me mandó a adiestrarme a la escuela del crimen. La universidad, la penitenciaría, también él me la pagó.

Para que te des una idea de mi fama, deja, te cuento, que los capos más poderosos de los reclusorios quisieron conocerme. Me invitaron a su mesa y fumé de su marihuana e inhalé la coca más fina que hayas probado. Pagaban a mujeres divinas para llenarles el ojo. Había un cruce endemoniado entre corrupción y prostitución; nadie quedaba a salvo. Todos participaban para que las internas de buen ver visitaran a los mafiosos más célebres. Por eso, Tepepan se vestía de fiesta cuando las reclusas eran invitadas a esas orgías. Desde muy temprano, mis compañeras alquilaban calzones y chuchería y media para emperifollarse.

Has de saber que tuve cinco maridos; fea no soy. Pero mi atractivo no lo tenía en las nalgas, porque soy flaca. Tengo el don de atraer a hombres y mujeres porque nací con un sexapil brutal. Hay algo en mí que domina, seduce y arrebató. Como si les despertara el animal que llevan dentro. Me explico: un perro reconoce a otro perro de aquí a la esquina. Bueno, un mafioso reconoce a otro. Se huelen, se atraen. Una vez, en la calle, estaba un batallón de granaderos hablando muy quitados de la pena, y cuando pasé frente a ellos se quedaron mudos, mirándome con la fijeza con que se observa a la hembra con la que vas a aparearte. No deja de ser curioso que hasta la policía sienta mi llamado; yo, que los quiero lejos. Pero también ha de ser porque policía y delincente pueden ser ramas del mismo árbol.

Habrás oído de Caro Quintero. Don Rafael, le decía. Muy risueño, con camisas almidonadas, de marca, y bien planchadas. Rasurado, oliendo a lociones caras. De cabello abundante y encanecido. Él me quería en sus filas. Me decía que mujeres chulas las tenía por montones, pero todas ellas no valían mi dedo meñique. Él y todos los señores de la droga conocían mis antecedentes



© Claudia Aksech

penales. Sabían que había hecho un asalto espectacular y cuantioso, que mi tío el militar me había puesto el dedo, y que yo no delaté a ninguno de mis juanes. No sé si todavía se acostumbre entre los atracadores usar el apelativo de *Juan*; todos los hombres se llaman así. Es para prevenir que a la hora del atraco, no se te vaya a salir el nombre verdadero. Es decir, no estaba purgando condena porque me hubieran *aprehendido* sino porque me habían *delatado*. Y ellos saben apreciar la diferencia. Pues don Rafael me hizo la corte; repito, no para calentarle la litera sino para ponerme al frente de sus negocios. Y aunque varias veces me hizo obsequios lujosos y me dio dólares a manos llenas, nunca le dí el sí. A pesar de que él era un encanto de señor —tanto que nunca lo pude tutear—, a mí no me agrada ese tipo de patrones. No me gusta que me den órdenes, punto. A mí me cuadra ser la jefa de mi banda. Seleccionar el personal.

A este punto quería llegar. Todo preso sabe que el mundo sigue girando, que nada se detiene mientras esté enchiquerado, pero yo nunca imaginé que el mundo hubiera cambiado tanto. Está mal que yo lo diga, pero no he podido adaptarme. Ja, y eso que viví doce años en readaptación. Al principio, cuando salí libre, me alineé por la derecha. Estaba escamada, hasta el ruido de la calle me daba miedo. Olvidé cómo pisar las banquetas. Nada más quería estar con mis hijas. Tuve cinco; una con cada marido. A la más chica la dejé gateando.

A los pocos meses de andar en la calle, me cansé de interpretar mi papel de madre cariñosa; no se acoplaron

a mí ni yo a ellas. Les daba la impresión de que yo era una golfa, que no salía a trabajar. Mi madre y mis hijas las mayores estaban acostumbradas a la buena vida que les di cuando era bandida. Por sus malas caras y las indirectas, entendí que debía salir a talonear.

Traté de localizar a mis juanes, pero estaban en prisión, ya los habían matado o andaban huyendo. Corrió la voz que estaba buscando chamba y vinieron a verme. Me apalabré con algunos y fue entonces cuando me percaté que las nuevas bandas carecían de las reglas más básicas. Los integrantes llegaban a trabajar drogados. No daba crédito. ¿Cuándo, en mis tiempos, se vio eso? Al talón se llega con los cinco sentidos bien puestos o mejor ni llegas. Y lo que más me rompió el alma es que los jóvenes roban para drogarse. Para fumar bote, cocaína inhalada. Esa fregadera los estupidiza. Les roba la voluntad. Fumar y fumar hasta que se les enfríen los pulmones.

En mis asaltos nunca maté a nadie, nomás les saqué el cuete. Es violencia, pero tengo una cualidad: a mí me gusta respetar la vida humana. En cambio, los ladrones de hoy sueltan el disparo hasta porque voló la mosca. Y es que la coca los vuelve violentos. ¿Cuándo yo maté a alguien porque no traía dinero? ¡Nunca!, porque yo seleccionaba los lugares donde lo había. Jamás me acerqué al pobre empleadito que sólo trae para su pasaje. Y ésa es la juventud con que me encontré. Bandas sin línea de mando. En mis tiempos era ley que no se repartía el botín hasta que todos estuvieran reunidos. Y hoy se da la rebatinga, aprovechándose de esos zombis que por

cualquier moneda venden el alma al Chamuco. Ni siquiera merecen el nombre de ladrones. Son malvivientes. Malhechores.

Me doy cuenta de que entre más hablo, más me voy pareciendo a mi abuela cuando me contaba historias de la Revolución. Los viejos siempre creen que su época era la edad de oro y que todo lo demás ni a relumbrón llega. A lo mejor a Melesio le pasa lo mismo, cree que su estilo es el mejor. En ese punto no vamos a ponernos de acuerdo. Ya lo quiero ver asaltando a un banco a él solito. Esa historia hasta salió en televisión. En Ciudad desnuda me boletinaron. Mi rostro, mis cuatro tatuajes y todas mis señas particulares salieron a relucir. Otra modernidad... En mi época, ¿cuándo iba a verse un asalto en vivo, en directo y a todo color?

Pues esa mañana ya daban por muerta a Silvia Silva Salas, tu servidora. Mi madre ya me lloraba y mis hijas de rodillas me rezaron el Yo Pecador. En ese asalto hubo dos juanes muertos, un policía y una chava, la que en un primer momento mis familiares confundieron conmigo. Y detuvieron a un juan. No quiero parecer una Juana Camaney, pero ese cuento ya pasó a la historia; el programa de televisión también ya valió. Pero aquí en el barrio no lo olvidan. Y por más endiosado que el Melesio anduviera, no creo que haya ignorado ese episodio.

Antes de atracar, le dije a mi juan:

—¿Tienes miedo?

—No.

Y entramos como si nada. Fuimos a la mesa donde se llenan las formas. Se oyó ¡pum!: un balazo. ¡Pum!, otro.

—¡Ya valió madres! —dije.

—¡Chingó a su madre! —agregó mi juan.

Y cortó cartucho, se puso el paliacate y salió. Casi todos los clientes estaban en el suelo. El policía lo agarró del cuello y Juan le disparó... Vi al policía volar. Fue cuando me di la vuelta y grité, con pistola en mano:

—¡Quietos!

Y en eso se abrió una puerta y salió la señora del aseo. Se quedó de pie, sin entender lo que pasaba. Le dije:

—¡Al suelo, al suelo!

Nada más se me quedaba viendo. Corté cartucho y con la mirada le dije que se volteara a la pared. Obedeció. El ruido de la cubeta de aluminio rodando por el piso fue muy largo.

El tono de voz es muy importante en los asaltos. Se tiene que emplear una voz fuerte, de mando. Debo fingir que estoy enojada. *Ac la ra fin-gir*. Aparentar, ponerse una careta de mala. No conozco a nadie que lo haga tan bien. Que finja que está emputada para poderle quitar el dinero a la gente. A ciencia cierta no sé lo que es estar encabronada en el trabajo porque nunca lo he estado. Pero la gente *tiene* que creer que estoy enfurecida. Solamente son momentos. En cuanto salgo me quito la máscara.

A un cajero le dije:

—Te voy a matar. Si nos matamos, me vale verga.

Fue cuando abrió la caja; uno se tiró al suelo y otro me dio el dinero. Me pasé a la otra caja y miré hacia fuera. Juan seguía peleando con el policía; no lo había matado. Me quité las zapatillas, las eché a la maleta, junto con las pistolas. Guardé el dinero y me salí caminando.

Me encontré con el policía herido. Juan ya no estaba. Sentí miedo, no te lo voy a negar. Pero no cambié mi expresión. Sangre fría. Cuando iba cruzando la puerta del banco, el policía, al que le salían borbotones de sangre, me dijo:

—Háblele a una ambulancia, por favor.

—Sí, ahorita —le dije.

Disculpa que te insista, pero no creo que Melesio tenga los tamaños para responder: “Sí, ahorita” y mirar de frente esos ojos empañados de muerte, para luego salir caminando a paso normal. Si los guardias del otro banco se hubieran percatado que no traía zapatos me hubieran



detenido, pero nadie me atajó. Cualquiera sabe que el asaltante se va quitando su ropa en el trayecto de su huida. Me quité las zapatillas porque me estorbaban para correr. Tenía que entrar formal al banco, con zapatos de tacón y medias.

La calle estaba oscura de pólvora. Pisé el charco de vísceras maceradas de la mujer que mataron. Vi venir una patrulla. Me recargué en un puesto de jugos. Me metí corriendo al paso a desnivel. Y llegando al otro lado de la calle saqué los tenis y la playera; me los puse. Pasó una pesera y me subí. Estaba en Iztapalapa. En el asiento trasero, me quitó la falda y me puse el pants.

El miedo no me dejaba. El atolondramiento en esos menesteres siempre te acompaña y el que diga lo contrario, miente. Oía las ambulancias, los helicópteros, las patrullas y me preocupaba. Tenía ganas de ver el dinero. ¡Ver! No sabía qué horas eran; nada más sabía que traía el dinero y tenía que irme del sector lo más rápidamente posible. Me bajé en Coyoacán. Me solté el pelo; traía una trenza.

Y como no tenía muy clara la dirección donde nos reuniríamos —en ningún momento se discutió la posibilidad de la desbandada—, durante horas anduve de aquí para allá; al tanteo llegué a la casa del jefe. Fue a uno de los que mataron. Su mamá y su esposa estaban destrozadas. Les dejé la lana del asalto. Les sugerí que de ahí pagaran al abogado que defendería al juan que habían agarrado. Eso es ser *ley*. No me lo figuro haciendo lo mismo, insisto.

Éramos doce en el plan. Todo falló. Lo que realmente pasó fue que se agarraron con los policías antes de entrar. Eran dos asaltos simultáneos. Los dos bancos, uno grande y otro chico, están juntos, en una curva. Yo entré en el chico. Si ellos no hicieron lo que tenían planeado fue porque no lo hicieron a tiempo. Pero el error principal fue que quisieron parar al guardia de lejos; no se debe hacer eso jamás. El policía está capacitado para responder al ataque. Él te va a sorprender siempre. Para asal-

tar a un policía tienes que conocerlo: cómo se para, cómo trae el arma. ¡Ah, no, pues hasta mi juan sacó la pistola y lo quiso parar de lejos! ¡Pues el policía le tiró! ¿En qué cabeza cabe hacer una estupidez de ese tamaño? ¿Cómo se atrevió a sacar el cuete antes de pararse junto a él? Cuando estábamos planeando les pregunté:

—¿No voy a parar a ningún policía?

—A nadie.

Yo sí lo hubiera parado. Lo habría sometido, porque le habría dado confianza. Le hubiera dicho cualquier cosa y cuando él hubiera bajado el puesto, o sea la pistola, lo hubiera inmovilizado. Pero estos juanes no lo midieron. En lugar de acercársele, le sacan la pistola y lo ponen en alerta. El policía estaba cumpliendo su deber. ¿Cómo iban a moverlo de ahí? Si le pagan por estar parado.

Esos juanes decían ser asaltabancos. Confíe en ellos. Repito: soy bandida, pero carecía de la experiencia de los asaltabancos. A mí me buscó esa banda y no me extrañó su desorden. “Así son las bandas modernas”, pensé. Hoy planeaban una estrategia, mañana la cambiaban. O diseñaban un mapa, con la ubicación de cada uno de los elementos, y luego, la movían. No fui yo quien dio las instrucciones; me concreté a hacer lo que me dijeron. Hice lo que creí conveniente y lo logré. Me dijeron:

—Tú llegas, te metes y barras.

A la mera hora no hicimos lo que habíamos dicho. Igual, si yo me hubiera metido al banco grande, me hubieran dejado adentro porque se cerraron las puertas automáticamente. Nunca entraron al banco. La balacera se dio afuera. Nada más agarraron a mi juan. Si él no se hubiera calentado hubiéramos salido los dos. Pero él quiso ir a pelearse con el policía. Lo dejé ir porque no se debe alegrar en el trabajo: la adrenalina está a flor de piel. Si ya la librate, por estar alegando riegas pistas; la gente te mira. Eso no se puede evitar. La gente después habla, declara. No lo hace por maldad sino porque está espantada; por eso te delata.



©Claudia Acedo



©Claudia Acedo

Pues la mujer que mataron era novia de uno de ellos. Cuando lo supe, a mí que ya nada me sorprende, me escandalicé. Sucede que el joven quería apantallar a la chamacaca. Se la encontró en el camino, y le dijo:

—Voy a hacer un trabajo.

La muy tonta le pidió que la llevara y el otro, para lucirse, la subió al coche. Me resulta penoso este detalle porque en mis tiempos se respetaba la asociación delictuosa.

Mi familia me daba por muerta porque sabía adónde había ido. Siempre me fui al talón con la bendición de mi madre. Ella tiene que estar enterada para rescatar mi cadáver si es preciso. Si de algo quiero salvarme es de la fosa común. Pobre de mi jefa. Por años ha tenido la desgracia de visitar reos. Hubo una época en que se la pasaba toda la semana viendo a su raza en los diferentes ceresos. Ahora nada más está mi hermano y uno de mis maridos. Yo no puedo ir a visitarlos porque nos está prohibido a los ex convictos pisar esos lugares.

Y yo, que no podía darme el lujo de perder mi libertad, he tenido dos encierros después de la cárcel. El primero, obviamente, cuando tuve que huir después del asalto. La policía podía echarme el guante en cualquiera de los sitios que frecuentaba. Por eso tuve que dejar mi cantón, a mis hijas y a mi madre. Acepté la protección de Marisa, la mujer que tenía años pretendiéndome, pero que no me llenaba el ojo. En esos momentos no estaba para escoger. Desde entonces me mantiene. No la amo; lo sabe. Pero sí la quiero, cómo no querer a quien te cuida. Y me trae noticias de mi raza. Y en el segundo encierro, por fuerza, me vinieron a contar de sus hazañas. Por eso sé que se llama Melesio y le apodan el *Güevo*. Que se dedica al secuestro y que es el terror del barrio. Que saca la pistola hasta porque le mientan la madre. Yo, que ni la madre le menté, de todos modos, me baleó.

Es una broma del Diablo, de quién más. Tenía que ser un escuincle caguengue quien me diera en la madre. No fue la tira, no fue un ciudadano agraviado en sus intereses. Ni siquiera un custodio, de los tantos que amenacé cuando se pasaban de verdolagas. A cuántos me les paré enfrente y les dije a manera de presentación me tronándoles los dedos en sus narices:

—¡Silvia Silva Salas! ¡Grábate bien este nombre porque será lo último que escucharás antes de morir!

Y mis palabras resonaban como la víbora de cascabel que se acerca a su presa antes de descargar el veneno. Paralizados, mudos, viendo en mis ojos la herida. Lo difícil era no reírse ante su jeta pálida. Al más maldito de los custodios les sudó el cubanito. Después de esa amenaza, jamás volvían a meterse conmigo. Hasta se cuidaban de tropezarse con mi mirada. Ahora yo me pregunto, porque no hago más que preguntarme, ¿a qué viene este castigo? ¿Es por ser lesbiana? Si esa madrugada Marisa no me hubiera pedido un beso, no me incorporo y él no me hubiera disparado sino a ella, a quien iba dirigido el balazo. Pero me dio a mí y me mandó a purgar todos mis pecados.

Ninguna cárcel me castigará como me madreó esa bala que me atravesó el hombro, esófago y que se fue a incrustar en la columna. No busco tu lástima ni quiero chantajearme, contándote la miseria que viví en esos meses de hospitales, operaciones y dolorosas fisioterapias. Nada más para que te des una vaga idea de mi martirio, déjame decirte que una vez vi a una loca, allá en la cárcel, desnuda, que se sentó a cagar y luego se comió su mierda, como si fuera crema chantillí. Sin ningún gesto que denotara asco ni placer.

En cambio, yo he tenido que revolcarme en mi porquería y tragar la sal de mis lágrimas. Aunque suene cursi, es neta. En mi miserable intento de ir al baño y sentarme en el excusado, me resbalé y me batí en mi suicidad. Por horas estuve tirada en el cemento helado y mojado mientras venía Marisa. Y añoré la dicha de la locura. Ignorar que estaba paralítica. Que estoy atada a esta silla. Con las manos tullidas, sin poder tejer; de mis dedos salían primorosos suéteres, de exposición. No en balde fui la mejor maestra de tejido de la penitenciaría.

Ahora mi único lujo es asolearme como las lagartijas. En Tepepan nos asoleábamos. Pero también bailábamos, nos cachondeábamos. Pero hoy ni la grabadora a todo volumen puede llevarme a esa alegría. ¿Cómo puede ser que extrañe los días de condena? ¿Cómo entender que entonces era feliz?

Marisa es burócrata. En la noche le gusta sacarme a pasear, a escondidas, en su coche. En diciembre, en la tercera posada, se dio la bronca entre ellos dos. Íbamos a la vinatería por cerveza y botanas. Marisa se bajó y el *Güevo* quiso tortearla. Se conocían de vista. Se hicieron de palabras. Se testearon. Él, muy *sácale punta*, la quiso asustar

Por horas estuve tirada en el cemento helado
y mojado y añoré la dicha de la locura.

con la fusca. Ella, acostumbrada a mi rudeza, no se amilanó y se burló de él. Hasta un botellazo le soltó en la jeta. La corcholata de la caguama le arañó el cachete.

Y yo sin saber nada, recostada en el asiento del auto. El ambiente olía a pólvora. Me arrullaba el ruido de los cuetes y palomazos. Me alegraba que Marisa me llevara al Mirador de Cuernavaca, donde nos gustaba imaginar a la ciudad como un nacimiento. Nos divertía planear dónde pondríamos el pesebre. La estrella, los Reyes Magos. Los riachuelos pasarían por Río Churubusco y el Viaducto. Allí íbamos, y por eso pasamos por las chelas. Cuando regresó, no hizo el menor comentario; encendió el radio y nos alejamos. Al rato, me dijo:

—¿Silvia?

—¿Sí?

—¿Me das un beso?

Me incorporé para dárselo y fue entonces cuando sentí un golpe caliente en el hombro. En el pecho, en la espalda. Dolor intenso, como un relámpago negro. Oí los fognazos, el grito agudo y aterrado de Marisa. Y fue cuando ella vio al *Güevo*, en su coche deportivo último modelo, aparejado al nuestro, disparando a lo tarugo.

Santita... Qué más te puedo decir. Ya te puse al corriente. Has quedado muy chula. Aunque mi departamento es muy pequeño, te he reservado esta esquina para poner tu iluminado altar. El mejor que he visto. En la cárcel las delincuentes más temibles te rezaban. Por ellas sé que eres vengadora. Que hay que cumplir las promesas que se te hagan o se te revierte tu petición. Si tú me cumples, te prometo tatuarme tu imagen en mi pecho. A partir de hoy, a la medianoche, vendré a prenderte tu cigarro. Así, paradito, sin que se caiga la ceniza. A revisar que las manzanas rojas estén frescas. Que tu agua esté limpia. De día y de noche vigilaré que las veladoras estén encendidas. Sé que te enoja la oscuridad. Pero sobre todo, te vendré a contar las nuevas.

Marisa me ha comprado la mejor imagen tuya. Le pedí que consiguiera a la Santa más grande que encontrara porque así quiero celebrar que hayas atendido mi ruego: el *Güewya* está en la cárcel. Me faltan palabras para explicar mi alegría. Meses siguiéndole la pista. Y hoy, por fin, está acorralado. Ahora sí, mi marido y mi hermano tomarán represalias. Donde vaya lo alcanzará mi venganza. Sé que vive encerrado en su celda y que tiene miedo hasta de asomar la nariz porque mi bróder se la tiene sentenciada. Pe ro pobre de él, si cree que así la libraré. Aunque mi carnal no se ensucie las manos, con pagar unos pesos, unos pocos, no se imagina la miseria por la que matan en la cárcel... Ya ha de saber que en la prisión los asesinos a sueldo se llaman matadores. Son hombres que tienen condenas tan largas que ni con treinta vidas las alcanzarían a purgar. Y si ya no van a salir, pues se dedican a eliminar a los estorbos.



© Claudia Akelah

Y si el *Güew* saliera vivo del preventivo, cuando lo trasladen a purgar su condena, mi marido le hará la vida de cuadritos. Por el momento, a los dos les he rogado, suplicado y hasta exigido que se la lleven tranquila. Que no tengo ninguna prisa por mandarlo al otro mundo. Quiero que pague segundo a segundo el daño que me hizo. Matarlo rápido le saldría barato. Si eso quisiera, ya lo habría mandado ejecutar. Pero hoy no tendría la dicha de conocer su agonía. El doble encierro en la cárcel es de lo más jodido. Ni al sol se puede salir. Es como estar apancado. Y, por eso, el tiempo para él será más lento. En la cárcel mantuve viva la ilusión de salir libre y abrazar a mis hijas. Me sostuvo la esperanza, la gana de vivir. En cambio, él espera la muerte. Cada segundo.

Señora, así como desviaste ese tiro y me salvaste de una muerte violenta, te pido que lo protejas. Déjame creer que yo soy dueña de su vida. Aunque sé que la única patrona eres tú. Santa Muerte, protectora de los homicidas, los presos, los judiciales, de todos los que tienen que vérselas con la muerte todos los días, no lo descuides.

Ya me darás las entendederas para comprender mi encierro. A lo mejor escuchaste los ruegos de mis hijas y de mi madre. Quizá dejándome tullida, me has salvado de una muerte anónima. De la fosa común o de morir en la calle, chambeando. Por eso digo que siempre me has protegido, pero nunca te he rezado con tanta fe: por favor, no te lleves al *Güew* sin mi permiso. **U**

Cuento finalista del Concurso Internacional Juan Rulfo 2007, convocado por Radio París.